

Alguien ha dicho con verdad, que las condiciones indispensables del soldado de infantería, son: *saber marchar con rapidez y desahogo*, en lo que interviene la indumentaria; *y sobre todo, saber tirar*.

La marcha en las previas operaciones estratégicas; *la marcha* en las maniobras tácticas, y luego las filas se conmueven, y *al paso veloz* toman formaciones de combate: el enemigo está al frente; las bandas lanzan á los aires el electrizador *paso de ataque*, y suenan los mortíferos fuegos de la fusilería, segando vidas, y el *paso de ataque*, que no cesa de oirse, tonante, enfurecido, obliga, impele tiránico á marchar, á avanzar, á hacer fuego, á embrazar al fin el arma, y á *paso de carga*, hollando cuerpos sangrientos, arrastra hasta abordar al enemigo á la bayoneta. . . . !

¡Rugen las olas que se encuentran!

Pero *la marcha, el fuego*: he allí el desideratum de las victorias en la Infantería.

La Caballería, la que valiente explora y da seguridad á los ejércitos; la que lanza adelante sus débiles patrullas, por montes y veredas intrincadas, en la negrura de la noche; la que, tras ellas, arroja á vanguardia Escuadrones para sorprender y estorbar á los contrarios en sus operaciones de movilización, y en las marchas parciales que tienen de ejecutar para concentrarse antes de embestir; la que dislocada corre al galope por campos y por serranías á buscar al enemigo;

la arma plástica, que toma todos los contornos que afectan en sus marchas y formaciones las tropas contrarias que avanzan; la que audaz va de cerca y por los vacíos que dejan, á atisbarlas para darse y dar cuenta de sus efectivos y de su situación; la atrevida, que corre á tentarles el corazón para saber si medrosas ó con bravura avanzan; la inteligente, que por lo que mira y siente, prevé los designios del contrario, para prevenir y dar avisos oportunos al General Jefe del Ejército, de lo que mira, de lo que siente, de lo que toca y de lo que conjetura; la que al enfrentarse los opuestos bandos, se dispone, arma de asalto y de combate, como ha sido preciso convenir que sea, después de vacilaciones que motivaron á mediados del siglo anterior, la infeliz vergonzosa decadencia de la ciencia y del arte que renacen; se dispone, arma de asalto y de combate, repito, para efectuar su tempestuoso encuentro, á donde tiene de llevar todos sus entusiasmos y energías, todo lo que de divino hay en la aspiración inmensa de la gloria; porque la prueba es terrible, es grandiosa. Son dos huracanes que se chocan, ó es el alud que se desprende espantable, sobre infantería y cañones que con su fuego derraman por doquier la muerte.

¡Hay de la caballería que en la carga vacile!

Los instantes, son combatientes que á centenares caen bajo la onda de acero que á los aires lanza el fue-

go del fusil y del cañón. ¡No hay que volverse á verlos; el ojo avisor al frente, y que corra, que ardiente corra el caballo volador!

¡Al enemigo, al enemigo, á la destrucción, al abismo, á la gloria. . . . !

¡Qué hermosos, qué inmensos sacrificios tiene que consumir la caballería en el triunfo ó en la derrota, en la que se le pide, á trueque de quedar deshecha, que proteja con su masa, ya sangrienta, la retirada de las otras armas, exigiéndole que el último dragón, al menos, corra á dar aviso del postrer desastre!

¡Ah! no en vano el General Foy, cuando apenas terminaban los heróicos tiempos napoleónicos, con entusiasmo y divino asombro, decía: para mandarse huracán que se llama Caballería, hay que ser sobre el bruto un centauro; tener el valor del león, la mirada del águila, la voz del trueno y la decisión del rayo.

Dos oradores, en las conferencias hablaron respecto de esa arma: el primero, reseñando á grandes, vigorosos rasgos, su alteza, su caída y renacimiento en el pasado siglo; y el segundo, pintando en lo principal, su activo servicio de vanguardia, recordando al efecto estudios referentes del Teniente Coronel Cherrils.

La Caballería, por los servicios á que tiene que entregarse, por los supremos esfuerzos que se le exigen, más grandes mientras más el fusil y el cañón me-

joren, demanda tener gran instrucción, firmísima disciplina, á fin de ser expedita é inteligente en sus funciones estratégicas; relámpago en la maniobra, y en la carga, estrepitoso y brillante, ciego torrente de la lava de un volcán.

La Artillería, la portentosa, la que en su estado de relativo atraso, desde la época de Napoleón, por la dirección de su genio llegó á dar su tonante voz de mando á la victoria misma; la que corre con la caballería á los encuentros de vanguardia; la que, combinando los fuegos de sus baterías escalonadas, auxilia, anima, empuja al grueso formidable de las tropas, al supremo, al triunfal avance; la que, en imponente masa, ó aunando su acción bajo un sólo mando, arroja en sucesión furiosa, sus olas de muerte, avalanchas de acero mugidoras que arrasan el lugar sobre que se ha decretado con sentencia inapelable el exterminio; la que usando de la trayectoria curva ó tendida de sus proyectiles, bate en campo descubierto, ó busca por la caída de ellos, á los que se amparan tras las defensas del arte ó de la naturaleza; la que, debido al adelanto de la química para sus pólvoras, de la industria para sus aceros de diamante y sus construcciones mecánicas, ha llegado á transformar su cañón, poniendo la ciencia á su servicio, en instrumento precioso, de precisión aterradora en la puntería, de asombroso alcance, de vertiginosa rapidez de tiro, y de potencia tal que en tie-

rra pulveriza la fortificación montaña, para barrer sin piedad á sus defensores, y en la mar desbarata é incendia al buque acorazado.

La que en la Marina, por medio de potentes mecanismos, mueve y dirige, al esfuerzo de un sólo hombre, monstruos que lanzan toneladas de acero por instantes, y á la que, en el campo de batalla, se le demanda, bajo pena de muerte, ser instantánea en la maniobra; pues si un minuto la artillería contraria se le aventaja, colocándose en batería, sin remedio quedará despedazada.

Esa arma terrible, pero la que, so pena de derrota, debe en los tiempos actuales, ser tan científica como táctica, tan técnica como maniobrera; esa arma, tuvo en las conferencias dos representantes: uno tan profundo como brillante, al exponer magistralmente el estado de la artillería moderna, y otro que se levantó á la altura de su misión, presentando una sinopsis, en que reseñó con apropiado fácil lenguaje, la historia de un siglo de la complexa arma: breve síntesis de los cien años en que ha efectuado su gigante evolución, esa trágica, que con sus pulmones formidables, da en las grandes batallas el atronador alarido de guerra, y canta, con estrofas de lumbre, los períodos en que siega vidas enemigas sobre el pavoroso campo de la muerte.

El Estado Mayor, el que necesita imperiosamente

para organizarse, Oficiales ágiles, vigorosos, inteligentes é instruídos; Oficiales que hayan distingúidose desde las aulas, por la rapidez de comprensión, por la fácil asimilación de múltiples conceptos; que hayan practicado con provecho manifiesto en las armas tácticas, á fin de que las conozcan á fondo, ya que tienen que dirigir las; que realicen los trabajos de topografía, de itinerarios, con presteza y precisión, puesto que le servirán de antecedente para guiar las tropas; que sean ginetes notables para salvar veloces las dificultades del terreno, atletas para resistir las fatigas que exige un servicio de cuyos incidentes depende en un instante dado, la salvación de un Ejército, de una causa, de una nación; el Estado Mayor, el que requiere que los miembros que lo forman, tengan ante todo la caliente sangre del guerrero, cuya ola ardorosa, al subir quemando el cerebro, produce la chispa inspiradora en los trances críticos y siempre la decisión á muerte en los peligros.

El que requiere Jefes de conocimientos superiores, para apreciar sobre la carta, el tiempo, la distancia, las velocidades, los efectivos de las tropas en acción y los encuentros; y de elevada serenidad de criterio, para aquilatar los elementos intelectuales, morales y materiales del contrario y los propios, y con filosofía discernir la consistencia de ellos á la hora del choque.

Del que deben surgir los grandes Generales, por su conocimiento y práctica en todas las armas, y la sabia forma de dirigir las.

Ese servicio importantísimo, fué con método y erudición explicado en la tribuna de las Conferencias, hasta dejar grabado el concepto, hasta llevar á la convicción, la verdad preconizada de que el Estado Mayor, es el cerebro del Ejército; el que previene; abastece y dispone sus tropas de primera línea y sus reservas; el que indica y el que dirige sus marchas estratégicas; el espíritu luminoso del gigante armado de todas armas, que inspirado en el pensamiento del General en Jefe, tiene que tocarlas con el botón eléctrico del mando, para arrojarlas á la zona de fuego á bregar en el furioso duelo á muerte.

¡Estro es él, en verdad, de los combatientes, que marca los senderos para la realización de los destinos de la guerra!

En cuanto al servicio de *Ingenieros*, exige labor intelectual técnica y faenas tácticas; él, para la marcha de las tropas, abre ó repara caminos, establece puentes y ferrocarriles; para la comunicación instala heliógrafos ó telégrafos, y para la defensa acoraza con sus fortificaciones; él, cavando el subterráneo tenebroso, prepara la mina y vuela los fuertes del contrario, y arrasa sus posiciones; él en la guerra no rehuye los encuentros, ni se doblega á las fatigas, y en la paz

conserva las obras, erige cuarteles y hospitales, y forma y examina toda clase de proyectos que se relacionen con la seguridad del Estado. Servicio semejante, que es arma y servicio, tuvo por representante á quien, expuestas ideas generales respecto del Cuerpo de Ingenieros, trató con especialidad, verificándolo con lucidez y acopio de datos, sobre sistemas de construcción moderna, aprovechables al arte militar.

¡Ese arte, que para apreciar su importancia, basta imaginar la imponente masa de las fortificaciones que erige, los fuertes, los castillos que levanta, las líneas severas de duro relieve de sus obras, perfilando en el horizonte sus almenas sombrías; y calcular el esfuerzo de poder, de trabajo y de inteligencia desarrollado, para crear esas obras formidables, las cuales á voluntad allana, barre con el volcán flamígero de sus minas, como si las deshiciera á la voz de aterrador conjuro!

El luminoso saber del Ingeniero y sus duras faenas, se aprovechan siempre; y en el período de lucha, llega á ser auxilio gigante para afirmar el triunfo.

La Sanidad: la Sanidad, es servicio benemérito, que el conferencista que lo representara, hizo con limpidez de estilo resaltar, hablando de la vida civil y militar del Médico, y desarrollando hermoso tema sobre la importancia de sus trabajos en la educación y en la legislación de las sociedades modernas.

En la guarnición, al Cuerpo Médico está encomen-

dado cuanto se refiere á la higiene en todos los servicios, y atiende escuelas y hospitales. ¿Y en campaña? en campaña, las enfermedades diezman á las tropas, y los medios de destrucción entre los Ejércitos, aumentando prodigiosamente, originan la carnicería del combate. Aterradora sería la aglomeración de dolientes, sin el consolador auxilio del benemérito Cuerpo de Sanidad, cuyo estoico personal, sin combatir, sin tener los ardores de la lucha, y sí todos los peligros de la muerte, bajo la granizada de acero se disemina sobre el campo de batalla, á buscar al herido, á suspenderle la mortal hemorragia, á cerrar los bordes de la abierta herida, á cortar el miembro colgante que desgarrá; á caer atravesado sobre el enfermo á quien prodiga sus cuidados, formando con él un sublime grupo de dolor y de piedad.

A la Marina, tocó un orador genial, que se extendió en abstracciones sobre lo que es y debe ser una marina de guerra, y de las relaciones favorecedoras que tiene de mantener con los pueblos amigos.

La Marina de Guerra, por sí sola, es de grandísimo poder; pero no son fácilmente separables la Armada y el Ejército, en donde los Océanos bañan costas de pronto acceso, y donde éstas y sus puertos piden defensas combinadas; y menos en los pueblos nuevos que, como el nuestro, no han acumulado riquezas que les permitan organizar y sostener flotas que pueblen

sus mares, á las cuales independientemente les sea dable, cerca y lejos, obrar sin la constante ayuda de tierra. Así, los modestos elementos marítimos de que disponga, tienen que aunarse con los de las tropas del Ejército, en una ú otra forma, procurando por medio de las leyes, el obligado auxilio de la Marina Mercante.

Hoy por hoy, por lo que toca á la Marina nuestra, aunque esté como está en el infeliz momento del crecimiento, y con un halagador porvenir en perspectiva, no debe razonablemente aspirar más que á ejercer la policía en nuestras aguas, á mantener la respetabilidad por parte de los buques que hacen el tráfico en ellas, á servir para el transporte de tropas, á lo largo de nuestros litorales, y á llevar el saludo de nuestra bandera á los pueblos amigos.

A nuestros cañoneros podrá exigirse un formal combate, y nuestros marinos, inspirados en sus altos deberes, cumplirían en él como buenos; abordarían con sus escasas fuerzas á un enemigo por poderoso que fuese, que de actos semejantes se ven ejemplos en nuestra luctuosa historia, ante los cuales bien puede exclamarse, que hay seres que, en medio de su debilidad, al entregarse heroicos al sacrificio, avergüenzan á la fortuna, cuando no pueden vencerla.

El Colegio Militar, también levanta en las Conferencias su voz juvenil; y el representante respectivo,